

raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitación del hilo del laberinto de Perseo <sup>a</sup>.

— Así lo haré », respondió Sancho Panza. Y, cortando algunas <sup>b</sup>, pidió la bendición á su señor, y, no sin muchas lágrimas de  
5 entrambos, se despidió dél. Y, subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á  
10 le viese siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: «—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien que, para que pueda jurar, sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la  
15 quedada de vuestra merced.

— ¿ No te lo decía yo? — dijo D. Quijote. — Espérate, Sancho, que en un credo las <sup>e</sup> haré. » Y, desnudándose con toda priesa <sup>f</sup> los calzones, quedó en carnes y en pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los  
20 pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y, así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

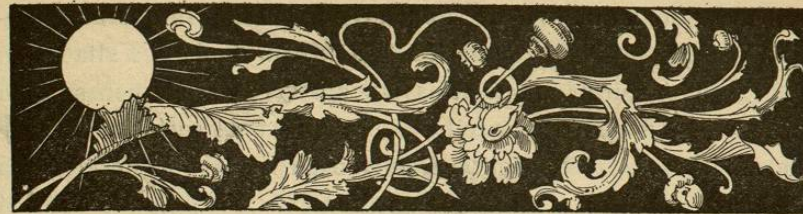
a. ...del hilo de Perseo. C.<sub>1,2</sub>. — ...á imitación del laberinto de Perseo. C.<sub>3</sub>, BOW. — Dicen Teseo. BR.<sub>1,2</sub>, TON.<sub>A,2</sub>, GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ., MAI., FK. =

b. ...algunos pidió. C.<sub>1,2,3</sub>, V.<sub>1,2</sub>, MIL. = c. ...ramos de retama. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = d. ...le importaba. L.<sub>1,2</sub>. = e. ...la haré. V.<sub>1,2</sub>, MIL. = f. ...prisa. MAI.

2. ...del laberinto de Perseo. — Perseo, transformado de mito cosmológico en leyenda histórica, mezclada más tarde con la de héroes reales, es nombre que suena ya en la *Iliada* (canto XIV, v. 319 y siguientes); posteriormente en las *Metamorfosis*, de Ovidio (lib. IV, v. 610 y siguientes, y lib. V, hasta el v. 249), y, para no citar más, en sendas comedias de Lope y Calderón.

Mito y leyenda harto conocidos, no acertamos á decir cómo pudo confundir Cervantes este personaje con Teseo, cuya mítica narración nos transmitió también Ovidio, presentándole, ya como domador del toro de Maratón, ya como vindicador de la libertad del Ática, bien como vencedor del Minotauro; ahora, en fin, rodeando el laberinto de Creta con ayuda del famoso hilo de Ariadna.

Déjase Perseo en el texto porque no lo conceptuamos yerro de imprenta, sino yerro del autor, como otros que tampoco se han corregido ni creemos deban enmendarse. Atrasadillo andaba Clemencin al afirmar que la edición de Londres de 1738 es la primera en que se lee Teseo, pues ya lo había dicho la de Bruselas de 1607.



## CAPÍTULO XXVI

### Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena

Y VOLVIENDO á contar lo que hizo el de la Triste Figura después  
5 que se vió solo, dice la historia que, así como D. Quijote acabó  
de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio

Vosotros,

«Tristes y espesos jarales,  
Altas y encumbradas peñas,  
Que, por ser todo pizarras,  
Os llaman Sierra Morena»;

vosotros, mudos testigos de la nueva locura de D. Quijote, le visteis rezando para endulzar sus ilusorias penas de amor; visteis cómo, para divertir los sabores de pasadas aventuras, iba escribiendo no pocos versos, ya en las cortezas de los árboles, ya en la menuda arena; y cómo, suspirando tristemente, llamaba á los faunos y silvanos de vuestras fragosidades, á las ninfas de los ríos y á la húmida Eco, á fin de que le escucharan y consolasen en su dolor, para él por todo extremo amargo.

Así le presenta en las páginas de este capítulo el gentil novelista, quien, desdeñando, como si dijéramos, las ventajas con que toda acción brinda al arte del narrador; sacando al héroe de la vida activa, le lleva á la de la contemplación. Mas no con el propósito de que tan singular episodio menoscabe con su hermosura (que en verdad la tiene) otra más alta, la que trae su origen de las nobilísimas empresas á que dió cabo la verdadera caballería, la que nace de impulso más elevado, del ideal de perfección, ese ideal de las almas puras que, desasiéndose de todo lo terreno, negándose á recibir cuanto es parte á sustentar la vida, ponen el pensamiento entero en el amor á su Dios.

Mas, como siempre, surge aquí el eterno contraste que ofrece la existencia del hombre. Por eso, junto al alma cándida del abnegado caballero, del

arriba vestido, y que<sup>a</sup> vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más á cuento: ¿imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á <sup>b</sup> Amadís en las malencónicas<sup>c</sup>? Y, hablando entre sí mismo<sup>d</sup>, decía: «— Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¡qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á

a. ...y vió que Sancho se. BR.<sub>1,2</sub>. =  
b. ...ó Amadís en. L.<sub>1,2</sub>. = c. ...en las  
malencónicas. C.<sub>3</sub>, RIV. — ...en las ma-  
lencónicas. L.<sub>1,2</sub>. — ...en las malencóni-

cas. BR.<sub>1,2</sub>, TON., BOW., PELL., ARR.,  
GASP., MAI., FK. = d. ...mismo. C.<sub>3</sub>,  
TON., BOW., PELL., ARR., CL., RIV.,  
GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, MAI., BENJ., FK.

crédulo D. Quijote, está, como el claro-oscuro en la pintura, el alma de Sancho: el Sancho sencillo y receloso que, por temor á nuevo manteamiento, se niega á entrar en la venta; el Sancho cuya inocente malicia le hace substituir, en medio de vagos recuerdos, el «soberana princesa» por el epíteto de *sobajada*. Es el Sancho de siempre, el mismo que, en el cap. 22, hizo sobresaltar al noble hidalgo cuando le oyó decir: *gente forzada del rey*.

Línea 4. ...cuál sería mejor y le estaría más á cuento: ¿imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís. — No imitando los romances que, inspirados en el *Orlando furioso*, narran con asombro los diversos accidentes de la locura de Roldán, sino al calor del mismo poema de Ariosto, debió escribir el sin par novelista las anteriores palabras.

«Al despuntar el sol, junto á la fuente  
Llega: allí de nuevo  
Grabado nota el nombre del mancebo.  
Lleno de odio, de cólera y vergüenza,  
No bien lo mira, á Durindana saca  
Y á esgrimirla comienza  
Con furia tal, que el cielo, dividido  
En menudos pedazos, saltar hace  
El peñasco ó el árbol do esculpido  
De Angélica ó Medoro el nombre yace.  
Así destruye este vergel tranquilo  
Do hallaban contra el sol y contra el hielo  
Pastores y ganados un asilo.  
Y en sus límpidas aguas arrojando  
Las peñas y los árboles que trunca,  
Las enturbió de modo  
Que no volvieron á aclararse nunca.»

(*Orlando furioso*, canto XXIII.)

Aun rebajando de ella cuanto tiene de hiperbólica, todavía la locura de Roldán es bastante á poner en ridículo (no otro fué el blanco á que tiraba el novelista) la del héroe de la Mancha.

blanca por la punta<sup>a</sup> del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro! Aunque no le valieron tretas<sup>b</sup> con <sup>c</sup> Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero, dejando en él lo de la valentía á una parte, ven- gamos á lo de<sup>d</sup> perder el juicio, que es cierto que le perdió por las 5 señales que halló en la fontana<sup>e</sup> y por las nuevas que le dió el

a. ...por la planta. CL., RIV., MAI. = MIL. = c. ...la fortuna. C.<sub>1,2,3</sub>, L.<sub>1,2,3</sub>,  
b. ...traerlas. L.<sub>3</sub>. = e. ...contra. L.<sub>3</sub>, V.<sub>1,2</sub>, BR.<sub>3</sub>, MIL., AMB. — ...la foresta.  
V.<sub>1,2</sub>, BR.<sub>1,2,3</sub>, MIL., AMB., TON., A.<sub>1</sub>, BR.<sub>1,2</sub>, TON. — ...fuente. A.<sub>1,2</sub>, BOW.,  
ARR., MAI., FK. = d. ...á lo del. V.<sub>1,2</sub>, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI.

1. ...la punta del pie. — Clemencín, Rivadeneyra y Máinez, leen (y parece ha de ser así) *planta*, pues el mismo Cervantes, hablando de Roldán en el cap. 32 de la II parte, dice: «...se cuenta que no podía ser ferido sino por la *planta* del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo.»

También Hartzenbusch aconseja dicha lección en la pág. 59 de sus *1,633 notas al «Quijote»*. Mas, como no lo practicó así en sus ediciones de Argamasilla, con todo y ser nada pacato en la materia, nosotros nos limitamos á consignar en nota la variante propuesta, dejando, no obstante, el texto como se leía antes de Clemencín; pero no sin añadir que la frase *con un alfiler gordo* es rasgo humorístico debido á lá inventiva del novelista y alteración deliberadamente hecha, como otras á que nos tiene acostumbrados.

2. ...no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. — De los 54 romances que tratan de las hazañas de Bernardo del Carpio, en ninguno de ellos se lee diera muerte entre sus brazos á Roldán. Con las palabras que se comentan, no hizo otra cosa, nuestro ingenio, sino añadir á la leyenda de Bernardo otra hazaña más, atribuyéndole lo que con Roldán había hecho el moro Mandricardo:

«Bien quisiera poderse sin desdoro  
De este combate retirar el moro.  
Que su ardor no aprovecha, es manifiesto;  
Pues, más que al que lo lleva,  
Es cada golpe al que lo da funesto.  
Por luchar aproxímanse; y bien presto  
Ase á Roldán el otro con deseo  
De hacer en él la prueba  
Que hizo el hijo de Jove con Anteo.»

(*Orlando furioso*, canto XXIII.)

No se achaque á falta de memoria, ni al confundir una leyenda con otra, ensalzar un héroe atribuyéndole hazañas por otro realizadas; antes bien parécenos que, poniendo sólo la mira en el fondo del argumento, en lo poético de la leyenda, á él encaminaba toda su narración, siéndole indiferente que, en lo accidental, sonase un nombre por otro, si es que acaso no lo hacía para que, como siempre, cayera el ridículo sobre los poemas caballerescos.

5. ...por las señales que halló en la fontana. — Dudosa, evidentemente, la lección *fortuna*, apadrinada en las ediciones que precedieron á la de Ma-

esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora <sup>a</sup> de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué <sup>b</sup> enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando  
5 tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo, que, si no acabó grandes cosas <sup>c</sup>, murió por acometellas <sup>d</sup>; y, si yo no soy desechado ni desdenado de mi <sup>e</sup> Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues: manos  
10 á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros. Mas <sup>f</sup> ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y <sup>g</sup> así lo haré yo. »

Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era

*a. ...agora. ARG. 1.2, BENJ. = b. ...ni para que tengo de enturbiar el. ARG. 1.2, BENJ. = c. ...si no acabó cosas grandes, murió. TON. = d. ...acometerlas. MAI. = e. ...ni desdenado de Dulcinea del Toboso, bástame. C. 1, L. 1.2.3, ARG. 2, MAT., FK. = f. Pero ya sé. TON. = g. ...fué rezar así lo haré yo. BR. 3, AMB. — ...fué rezar y encomendarse á Dios. Pero ¿qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millon de Ave-Marías, y lo que le fatigaba mucho era. C. 1, L. 1.2. — Lisboa tercera sigue á la Cuesta primera: solamente*

*difiere de ésta en una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando, que cambia en una tira de la manera la camisa que andaba colgando. Máñez dice nudos en vez de ñudos, y Fitzmaurice-Kelly pone de faldas en lugar de de las faldas. — ...fué rezar y encomendarse á Dios. Pero ¿de qué haré rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría y fué de unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo donde rezó un millar de Ave-Marías, y lo que le fatigaba mucho era. ARG. 1, BENJ. — La segunda edición de Argamassilla intercala en esta frase, entre las palabras diez é y, con una más gorda que las demás.*

des angustias, derramando tantas lágrimas, te has podido sostener, fasta ser llegado en el estrecho de la cruel muerte: rescibe esta melecina, que para la tu salud ninguna otra bastar pudiera; quita aquellas nieblas de gran tenebregura de que fasta aquí cubierto estabas; toma esfuerzo con que puedas servire á aquella tu señora la merced que en te quitare de la muerte te face!»

Leida la carta, el alegría de Beltenebros fué tan sobrada, que, así como la pasada tristeza, con ella desmayado fué, cayendo las lágrimas por sus mejillas sin las sentir; y luego fué acordado por ellos que, dando á entender á todos los que allí venían que la doncella por servicio de Dios le sacaba de aquel logar, donde para su salud aparejo ninguno no había.»

No es aquí donde brilla el genio de Cervantes; pues, con no ser copia de Amadís la penitencia de nuestro andante, la huella que dejó aquél se hace tan patente, que el comentador ha de consignarlo, sin que ello envuelva censura alguna.

no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y, así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por <sup>a</sup> las cortezas de los árboles y por <sup>b</sup> la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea <sup>c</sup>. Mas los <sup>d</sup> que se pudieron hallar  
5 enteros y que se pudiesen leer, después que á él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen :

« Árboles, hierbas y plantas  
Que en aqueste <sup>e</sup> sitio estáis,  
Tan altos <sup>f</sup>, verdes y tantas : 10  
Si de mi mal no os holgáis,  
Escuchad mis quejas santas.  
Mi dolor no os alborote,  
Aunque <sup>g</sup> más terrible sea; 15  
Pues, por pagaros escote,  
Aquí lloró D. Quijote  
Ausencias de Dulcinea <sup>h</sup>  
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde  
El amador más leal 20  
De su señora se esconde,  
Y ha venido á tanto mal  
Sin saber cómo ó por dónde.

*a. ...en las. TON. = b. ...y en la. TON. = c. ...de Dulcinea del Toboso; mas los. FK. = d. ...mas lo que se. BR. 2, FK. =*

*e. ...en aquí sitio. V. 1.2, MIL. = f. Tan altas. C. 3, BOW. = g. Aunque el más. ARG. 1.2, BENJ. = h. ...Dulcinea. BR. 1.2.*

13 (pág. 240). *Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque.* — Esa camándula (nombre que da el léxico á un diez de rosario)... esa camándula, hecha, en la primera edición de Cuesta, de una gran tira que rasgó de las faldas de la camisa, dándole once nudos, el uno más gordo que los demás; trocada luego en la segunda edición en once agallas de un alcornoque, que ensartó para que formasen un diez; esa enmienda, no debida, ciertamente, á la Inquisición, sino acaso á la advertencia de cariñoso amigo, bien al mal efecto que pudo observar Cervantes en los que leyeran el *Quijote* en presencia suya; ya, en fin, por reflexión propia y escrúpulo de buen cristiano que le asaltó cuando el libro andaba de molde; ese cambio, mandado introducir en la segunda impresión, es muy significativo, y prueba que, en ciertos pormenores, por numerosos que sean los descuidos, hubo más diligencia y miramiento de lo que, con harta ligereza, afirman los que pasaron de corrido por el texto del *Quijote*.

Tráele amor al estricote,  
Que es de muy mala ralea;  
Y, así, hasta henchir un pipote,  
Aquí lloró D. Quijote  
Ausencias de Dulcinea  
Del Toboso.

Buscando las aventuras  
Por entre las duras peñas,  
Maldiciendo entrañas duras  
(Que entre riscos y entre breñas  
Halla el triste desventuras),  
Hirióle amor con su azote,  
No con su blanda correa;  
Y, en tocándole el<sup>a</sup> cogote,  
Aquí lloró D. Quijote  
Ausencias de Dulcinea  
Del Toboso.»

No causó poca risa, en los que hallaron los versos referidos, el<sup>b</sup> añadidura<sup>c</sup> del *Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote que, si en nombrando á Dulcinea no decía también el<sup>d</sup> *Toboso*, no se podría entender la copla; y, así fué la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros

a. ...tocándole al cogote. C.<sub>3</sub>, L.<sub>1,2</sub>, A.<sub>2</sub>, BOW., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, MAI., BENJ., FK. = b. ...la. MAI. = c. ...añadiduro. BR.<sub>3</sub>, AMB. = d. ...del Toboso. C.<sub>1</sub>, L.<sub>1,2</sub>, BR.<sub>1,2</sub>, TON., ARR., ARG.<sub>1,2</sub>, MAI., BENJ.

3. ...hasta henchir un pipote. — De menor cavidad que la pipa, tiene varios usos; pero siempre se emplea en pequeños envases de vinos, licores, mariscos y otras cosas.

Llenarlo, pues, de lágrimas es encarecimiento que toca, mejor dicho, que entra de lleno en los dominios de la hipérbole, así como en los de la verdadera ironía.

Conviene recordar lo que, hablando de una de las obras menores de nuestro ingenio, dice un insigne cervantista:

«Á una vieja borracha y ladrona, brava catadora de vinos, que tomando de manos de la Escalanta, lleno del trasaño del Guadalcanal, aquel grande corcho en que cabía entera un azumbre, y soplándole la espuma, por huir de pompas y vanidades, dice piadosamente que «Dios dará fuerzas para todo»; y, ya resignada, trasiega del corcho al estómago, «de un tirón y sin tomar aliento», los cuatro cuartillos; ¿cómo podía llamarse sino *la Pipota?*»

más destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á la dolorosa y húmida<sup>a</sup> Eco, que le respondiesen<sup>b</sup>, consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas hierbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si, como tardó tres<sup>c</sup> días, 5

a. ...dolorosa y tímida Eco. ARG.<sub>2</sub> = sen, respondiesen y consolasen, se entretenía. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = c. ...como tardó dos días. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ.  
b. ...que le respondiese. C.<sub>1,2</sub>, L.<sub>2</sub>, V.<sub>1,2</sub>, BR.<sub>1,2,3</sub>, MIL., AMB. — ...que le escuchasen.

2. ...á la dolorosa y húmida Eco. — Punto y blanco de censura fué para Hartzenbusch el adjetivo *húmida*. Intentó demostrar la impropiedad de su empleo escribiendo: «Á la remedadora Eco, ninfa de tierra, no parece natural que aplicara Cervantes el calificativo de *húmida*, más propio de las ninfas de agua: *tímida* le convendría mejor, porque el eco habla siempre sin dejarse ver y de lejos.»

Muy sutilísimo anduvo en ello el apasionado cervantista. Cierto: según la mitología, Eco, hija del Aire y de la Tierra, residía en las orillas del Cefiso, y formaba parte del séquito de Juno, habiéndosele confiado procurase entretener á ésta mientras el padre de las divinidades distraía sus ocios con las otras diosas. Comprobada la traición, Eco perdió el uso de la palabra. Decimos «perdió» porque sólo se le consentía repetir la sílaba final del último vocablo.

Pero, como se dice también de esta ninfa que, enamorada de Narciso, no recibía sino palabras de desabrimiento, causa de profunda pena para ella, y, no hartándose de llorar, el sentimiento fué consumiéndola hasta el punto de perder la voz, quedándole sólo un lastimero *eco* con que respondía débilmente á lo que se hablaba; tal leyenda fué, sin duda, lo que movió á novelistas y poetas, cuando de esta fábula trataban, á usar con entera propiedad el epíteto *húmida*.

4. ...se entretenía, y en buscar algunas hierbas con que sustentarse. — Tiene el malhadado simbolismo tal fuerza de sugestión, que trueca en visionarios aun á aquellos cuyos nombres se han de pronunciar siempre con profundo respeto.

¡Quién lo hubiera imaginado! Bowle, celebrado hispanófilo de la centuria XVIII; Bowle, que con pacientísimo amor abrió las puertas del cervantismo; Bowle, pastor protestante, libre de prejuicios en la obra que le ha inmortalizado; Bowle (¿por qué no decirlo?) tuvo también desfallecimientos en otro de sus libros: en *A Letter to the Reverend Dr. Percy concerning, a new and classical edition of Historia del valeroso caballero Don Quixote de la Mancha* (1).

Pero su misma incertidumbre, sus vacilaciones, prueban que, el trabajo escrito cuatro años antes de aparecer su famosa obra, es pura *fantasia*, por ventura engendrada en momentos de enojo.

Veámoslo:

«D. Gregorio Mayáns, en su *Vida de Cervantes*, dice que algunos han llegado á imaginar que el autor del *Don Quijote* pretendió representar en este

(1) London, MDCCCLXXVII.

tardara tres<sup>a</sup> semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo<sup>b</sup> conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle<sup>c</sup> envuelto entre sus suspiros<sup>d</sup> y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué  
5 que, en saliendo al camino real, se puso en busca del del<sup>e</sup> Toboso,

a. ...tardara dos semanas. ARG.<sup>1,2</sup>,  
BENJ. = b. ...que no le conociera. L.<sup>1,2</sup>,  
ARG.<sup>1,2</sup>, MAI., BENJ. = c. ...dejarle en-

vuelto. MAI. = d. ...entre sus suspiros.  
BR.<sup>1,2</sup>, = e. ...en busca del Toboso. C.<sup>3</sup>,  
L.<sup>3</sup>, PELL., RIV., GASP.

héroe al emperador Carlos V; mientras otros, con no mayor fundamento, son de opinión que el satirizado fué el cardenal duque de Lerma. En esta incertidumbre, y sin que yo pretenda dogmatizar, creo recibiréis con vuestro habitual candor *mis fantasías*, y os será fácil conjeturar que Ignacio de Loyola puede haber sido aludido como persona muy digna de ser dada á conocer, pues como dice, no sin razón, un escritor francés, Ignacio fué tan famoso, en sus correrías de espiritual caballería, como su ilustre compatriota D. Quijote al salir por el mundo en busca de aventuras.» (1)

Largo es el preámbulo para una nota; pero de industria hanse omitido otras, á fin de que, juntas en una, pueda verse más claramente lo caprichoso del simbolismo.

Andante caballero de Cristo en sentir de unos; caballero de la *Triste Figura* para otros; el hombre de voluntad más firme y robusta, en la alborada de los tiempos modernos, á juicio de los que sólo ponen la mira en el lado poético de las cosas; Íñigo de Loyola es el gran sonámbulo, el gran Quijote, de tal suerte contenido en los libros de caballerías, que Cervantes no acertó sino á comentarlo y traducirlo cuando dijo en el cap. 3:

«...y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y, recogióndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba; y, embrazando su adarga, asíó de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche.»

No es esto, — escriben los que, inspirándose en Bowle, han sacado sus últimas consecuencias; — no es, — dicen, — parodia de las ceremonias religiosas practicadas por los que velaban las armas en una iglesia ó capilla antes de recibir la honrosa orden de caballería; sino velada sátira de esotro:

«...como hubiese leído (San Ignacio) en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas; por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido; toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de corazón á ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para en adelante.» (RIVADENEYRA. *Vida de San Ignacio*, lib. I, cap. 4. — Madrid, 1895.)

Fácil sería, — continúa Bowle, — proseguir la comparación de ambos ilustres caballeros en este particular; pero veamos cómo el heroísmo de Igna-

(1) BOWLE. Obra citada, pág. 50.

y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en<sup>a</sup> los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había<sup>b</sup> grandes días que todo  
5 era fiambre.

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no; y, estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: «— Dí-

a. ...andaban los aires. V.<sup>1,2</sup>, MIL. = b. ...habían. AMB.

cio se confunde con la doctrina del *Quijote*, respecto á no lamentarse por el dolor de graves heridas. Sea ejemplo: «...no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.» (I, cap. 8.)

Oigamos luego á Rivadeneyra hablando de su biografiado:

«La herida de Loyola en Pamplona es muy conocida; pero no así el sufrimiento en la operación que le hicieron aquellos poco hábiles cirujanos. Pues ni mudó color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera un ¡ay!, ni dijo palabra que mostrase flaqueza.»

Continúan hablando los ingeniosos rebuscadores de analogías:

Si D. Quijote hace dura penitencia en Sierra Morena, ¿quién no ve, — escriben los que supieron por tercera mano lo dicho por Bowle siglo y medio há, — la semejanza con aquella otra de Íñigo de Loyola en Manresa: «Vinole al pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. Á cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese, por ello, á peligro de morir...?» (RIVADENEYRA. *Vida de San Ignacio*, lib. I, cap. 6.)

No ya las coincidencias aquí apuntadas, sino otras muchas, pudieran aducirse; pero como el comentarista inglés las llamó *fantasías*, juego de la imaginación, no entendemos (digan cuanto les plazca los que en tales símbolos descubren como el evangelio del cervantismo) merezcan más crédito que otras briosamente rechazadas por escritores nada pacatos, Valera pongamos por caso.

Síntesis de la imaginación y de las creencias de nuestro pueblo, creencias no sólo religiosas, sino también políticas, morales, científicas y literarias; creencias que, con singular ingenio, abrazan las de todos los pueblos, las de todos los siglos; en el *Don Quijote*, sin que se descubra propósito deliberado de ataque ni defensa, se exponen las ideas religiosas, como todas las demás, con tal donaire, que sorprende al lector moderno topar con frases como estas: «Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don San Jorge, y fué además defensor de doncellas.» (II, cap. 58.)

Á San Pablo, le llama, D. Quijote, «caballero andante por la vida y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien *servieron de escuelas los cielos*, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.» (II, cap. 58.)